Hombre mas feo de Francia

5573

OBRA TERMINADA

EL ANILLO DE SATANAS

(MEMORIAS DEL REINADO DE FERNANDO VI)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

Esta interesante obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas, en buen papel y esmerada impresion.

Sin embargo del lujo de la edicion, el precio de cada cuaderno sólo será

UN REAL EN TODA ESPAÑA

Se repartirá un cuaderno semanalmente; pero los señores suscritores que en vez de un cuaderno quieran recibir dos ó más, pueden indicarlo al repartidor y serán complacidos.

LÁMINAS DE REGALO

En el trascurso de la publicacion recibirán los señores suscritores excelentes láminas, que representarán los principales episodios de esta importantísima obra.

Está terminada, y su precio es 56 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

EL HOMBRE MAS FEO DE FRANCIA.

DRAMA CÓMICO

EN CUATRO ACTOS,

TRADUCIDO Y ARREGLADO

POR

Don Ventura de la Vega.

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE D. ANTONIO YENES,
Plaza del Progreso, núm. 13.

1848.

PERSONAS.	ACTORES.
EL DUQUE DE ROQUELAURE.	*D. Julian Romea.*
CANDAL, *capitan de dragones.*	*D. Pedro Sobrado.*
EL CONDE NARCISO DE VERTPIGNON.	*D. Florencio Romea.*
OLIVEROS, *page del rey.* .	*D. Manuel Garcia.*
GERMON, *mayordomo del duque.*	*D. Lázaro Perez.*
GUEBRIANT, *oficial.* . .	*D. José Diez.*
LA MARQUESA DE NAVAILLES.	*D.ª Gerónima Llorente.*
ELENA DE SOLANGES, *su sobrina.*	*D.ª Matilde Diez.*
CAROLINA DE CANDOLLE, *camarista.*	*D.ª Maria Corcuera.*
LUISA, *camarera de Elena.*	*D.ª Trinidad Parra.*

CORTESANOS, PAGES, CAMARISTAS, ETC.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la Gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa una parte de los jardines de Versalles.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA DE NAVAILLES. CAROLINA. CAMARISTAS.

(*La marquesa está sentada leyendo: las camaristas, esparcidas por el jardin, se entretienen en diversos juegos: unas se columpian, otras corren, otras juegan al volante; todo con gran algazara.*)

Marquesa. (*Impaciente.*) Niñas, niñas!... por Dios, menos ruido!... estoy mareada... no sé lo que leo!

Carolina. (*Aparte á las demas.*) Veis qué tabardillo de señora!... vamos á hacerla rabiar mas!... démonos las manos, y á bailar al rededor de ella. (*Todas las camaristas se dan las manos, y bailan formando rueda al rededor de la marquesa, y cantan muy alto.*)

Marquesa. (*Levantándose.*) Eh! basta... basta!.. Señoritas, tened juicio y decoro!... son estos los modales propios de unas camaristas de la reina?... de unas damas de la corte de Luis XIV?...

Carolina. No creo que cantar y bailar sea cosa que desdiga de nuestra dignidad.

Marquesa. Desdiga ó no, debeis en esto como en todo seguir los consejos de vuestra superiora. Cantando y bai-

677577

lando no es como se logra colocacion en la sociedad... ni como se llega al templo de himeneo.

Carolina. Pues en ese caso, vos habreis cantado y bailado mucho!

Marquesa. Entiendo!... pero puede que os lleveis chasco, señorita, y que encuentre yo un esposo antes que vos!

Carolina. Mas vale tarde que nunca!

Marquesa. Y no andemos con equívocos ni indirectas... ya sabeis que no me gustan.

Carolina. Siempre interpretais las palabras...

Marquesa. No me teneis el respeto que es debido...—Qué poco os pareceis á mi sobrina Elena!... esa sí es una discípula que me hace honor! Asi hizo ella una boda como la que hizo!... Qué boda!... con el baron de Solanges, nuestro embajador en la corte de España.

Carolina. Un viejo... que tenia setenta años!

Marquesa. Mejor que mejor... asi ha quedado viuda... con su título... y en estado de aspirar á los mas ilustres enlaces.

Carolina. La pobre Elena!... nuestra antigua compañera... ya estamos deseando verla y abrazarla!

Marquesa. No tardareis mucho en lograrlo. Ocho dias hace que llegó de España; pero el arreglo de sus intereses no le ha permitido todavia venir á Versalles... hoy debe presentarse á la reina..... y estraño que no haya llegado ya.

Carolina. (*Mirando á la izquierda.*) Por alli viene una joven... no me engaño... es ella... Elena!... miradla... miradla!

ESCENA II.

DICHAS.—ELENA.

Elena. (*Abrazándolas.*) Amigas mias!... cuánto placer me causa volveros á abrazar!

Carolina. Mi querida Elena!... cuánto traerás que contarme en dos años largos que llevamos de no vernos!... Háblame de España... has visto el Escorial?... te daban músicas?... cuéntame...

Elena. Sí: te contaré todo lo que me ha pasado... tú serás mi confidenta... como en el convento.

Marquesa. Eso es... cuéntaselo todo... y con eso lo oiré yo tambien.—Vamos, niñas, á jugar. (*Las demas camaristas se retiran al fondo y continuan con sus juegos.*)

Carolina. No quiero que hablemos únicamente de tu viage... sino tambien de tu corazon... no creo que haya estado ocioso en un año que hace que quedaste viuda de un marido á quien, digas lo que quieras, no podias amar con pasion... vamos, la verdad, algun noble y galante español...

Elena. No tal, que es un francés.

Carolina. Un francés?... me alegro, veo que conservas espíritu nacional... Y quién es?... algun caballero, cuyo nombre será muy conocido...

Elena. Debe serlo... pero yo no le conozco.

Carolina. Estraña aventura!... esos amores son una novela hecha y derecha!

Elena. Verdaderamente una novela. La cosa empezó por venir todas las noches á darme música al pie de mis balcones... yo percibia entre el ruido de los instrumentos el sonido de una voz dulce y melodiosa que cantaba una lindísima letra dirigida á mí, y en que pronunciaba á menudo con mucho amor el nombre de Elena. Una noche, movida de la curiosidad, entreabrí el balcon... pero al ruido que hice, los músicos echaron á correr.

Marquesa. Echaron á correr?... ese es el efecto que les he hecho yo siempre... es cosa de familia.

Elena. Al dia siguiente recibí un papel en que me suplicaban que no tratase de averiguar quién era el que me festejaba... y que me dejase amar sin importárseme nada del amante.

Marquesa. No aspiraba mas que á adorarte en silencio... no te exigia nada!... Lo mismo que á mí... tampoco me han exigido nunca nada.

Elena. Una noche, volviendo yo del teatro, con mi camarera, se acercaron á nosotras unos cuantos jóvenes atrevidos y empezaron á dirigirnos espresiones insultantes. De repente se aparece un hombre, cuyas facciones no pude distinguir á causa de la oscuridad, se arroja sobre ellos, los provoca... ellos tiran de las espadas, y mi generoso libertador en un momento los hace huir. Yo me acerqué á él toda asustada para darle gracias; pero él, ocultándose con mucho empeño el rostro con el embo-

zo, se alejó apresuradamente diciéndome: «No trateis nunca de verme.»

Carolina. Qué misterio tan singular!

Elena. A poco tiempo supe que querian disputarme en Francia la herencia de mi marido, y ya empezaba esto á inquietarme, cuando una nueva carta de mi desconocido me tranquilizó, anunciándome que él se encargaba de activar el pleito. Salí de Madrid, llegué á Paris... y cuál fue mi sorpresa al saber que habia ganado el pleito y hallarme con mi casa y mis bienes perfectamente arreglados! Pues sin embargo, nadie sabe decirme el nombre de ese ente misterioso cuyo amor y cuyos beneficios me siguen á todas partes.

Carolina. Y dices que es un francés? Qué caballeros franceses hay ahora en España?

Marquesa. Alli tenemos al duque de Arcourt... al conde de Saluces... al príncipe de Soubise... No os hablo del duque de Roquelaure, desterrado por el rey á tierra de España, en castigo de sus dichos desvergonzados... porque no juzgo al buen duque capaz de concebir ninguna honesta pasion.

Carolina. Qué tema le habeis tomado á ese pobre hombre! y nos divertia tanto!...

Marquesa. Eso es! hacednos ahora su elogio! No contento con abusar del derecho de ser feo, á cada momento traspasa las leyes del decoro y de la decencia... siempre tiene en boca palabras de doble sentido... últimamente habia dado en tomarla conmigo...

Carolina. Sois demasiado severa! Verdad es que no habrá muchos hombres en el mundo tan feos como él: pero si la naturaleza le ha negado los atractivos del rostro, en cambio le ha concedido con profusion los del entendimiento. Intimo amigo de Moliere, y poeta de agudísimo ingenio, es el alma de la corte con sus rasgos oportunos y los epígramas que improvisa llenos de intencion y de gracia... en fin, cuando una echa de ver su fealdad, ya la ha cautivado con su ingenio.

Elena. Yo no le conozco; pero todo lo que cuentan de él me tiene muy deseosa de verle.

Marquesa. Ay, sobrina!... déjate de pensar en ese mónstruo... háblanos de tu galan incógnito.

Elena. Aun no os lo he dicho todo. A mi salida de Ma-

drid me escribió que llegaria á Versalles casi al mismo tiempo que yo... y hace algunos dias que veo á cierto oficial de muy gallarda presencia que me sigue á todas partes...

Carolina. El es sin duda!..... y no se ha acercado á hablarte?

Marquesa. Qué decís, señorita?... Es ese acaso el modo?... El verdadero amor es siempre tímido, y no se arroja á hablar hasta diez años despues de haberse mirado.

Carolina. Jesus! qué largo es eso!

Marquesa. Y despues de otros diez años ya se puede aventurar un abrazo y tratar de boda. Este es el método mejor para que salga bien.

Carolina. Pues yo empezaria por el fin.

Marquesa. Alli veo venir unos oficiales... sobrina, dame el brazo... Niñas, (*A las camaristas.*) á colocarse aqui á mi lado... y los ojos bajos .. yo miraré por vosotras.

ESCENA III.

DICHAS.—CANDAL. GUEBRIANT. OFICIALES.

Guebriant. (*Dando el brazo á Candal.*) Cosa increible, Candal! tú que eres el mas calavera del ejército, el mas atrevido de todos los capitanes de dragones, enamorado como un pastorcito de la Arcadia!

Candal. Sí, amigo mio, enamorado, y tímido como el último plebeyo!

Marquesa. (*A Elena.*) Aquel es el baron de Guebriant... y aquel otro que está á su lado el vizconde de Candal, capitan de dragones del Nivernés.

Elena. (*Aparte, mirando á Candal.*) Es particular... esa cara no me es desconocida!

Guebriant. (*A Candal.*) Y díme, pastorcito amoroso, podemos saber el nombre de tu dama?

Candal. No, señores: sois demasiado charlatanes... únicamente puedo deciros que es una viudita muy linda, que acaba de llegar á Versalles, y que aun no se ha presentado á la corte.

Guebriant. Y no te has declarado?

Candal. No he hecho mas que seguirla... y de lejos... sus-

pirar mucho y... en fin, os digo, á fé de caballero, que aun no me he atrevido á dirigirla la palabra... tanto es el miedo que tengo de disgustarla... porque ya sabeis que tengo... voto á cribas!... unos modales tan soldadescos!...

Guebriant. Eh! escrúpulos de monja!... eso es mejor... á la carga, Candal, á la carga!—Ea, camaradas, acerquémonos á las damas de honor, y hagámosles la corte. (*Llegándose á la marquesa.*) Nos permitirán estas damas ofrecerlas nuestros humildes respetos?...

Marquesa. (*Saludando con ceremonia.*) Caballeros...

Guebriant. (*Aparte á Candal.*) Candal, dí algo.

Candal. (*Con empacho.*) Ciertamente, señoras, que en mis correrías... he visto muchas flores esmaltando jardines... pero nunca... (*Aparte viendo á Elena.*) Ella es!

Elena. (*Aparte.*) Este es el oficial que me sigue desde que he llegado!

Candal. (*Aparte.*) Voto á cribas!... ya me ha cogido el miedo!

Guebriant. (*Aparte á Candal.*) Vamos, acaba la arenga.

Candal. (*Con mas empacho.*) He visto muchas flores... esmaltando jardines... pero ningun jardin me ha presentado flores... semejantes á las de este jardin... cuyas flores... (*Aparte.*) Voto á cribas!... á que no salgo del jardin!

Elena. (*Aparte.*) Cómo me mira! (*Aparte á Carolina.*) Dime, el vizconde de Candal no ha viajado por España?

Carolina. Lo ignoro... solo sé que no hace mas que un mes que está en Versalles.

Elena. Un mes no mas?... (*Aparte.*) Dios mio! si será él!

Candal. (*Aparte.*) Parece que ha reparado en mí... y yo... maldita sea mi estampa!... no encuentro una galanteria que decirla.—Ah! si estuviera aqui mi amigo Roquelaure!... él me apuntaria algun dicho agudo!

ESCENA IV.

DICHOS.—OLIVEROS.

Oliveros. (*Apresurado.*) Noticia, señoras... una noticia sorprendente, estraordinaria, estupenda, como diria madama de Sevigné.

Todos. (*Acercándose.*) Cuál es?

Oliveros. Adivinadlo!... á las cien veces... a las mil...

Todas. Pero qué es?

Oliveros. Ha llegado el duque de Roquelaure!

Marquesa. Imposible!... estando desterrado por el rey á tierra de España... cómo se habia de atrever á quebrantar la órden...

Oliveros. Pues la ha burlado por medio de una trampa ingeniosa... de una de las suyas... (*Óyense carcajadas dentro.*) Mirad... mirad... ahí viene!

Candal. Mi querido Roquelaure!... el cielo me lo envia!

Marquesa. Vámonos, sobrina... vámonos, señoritas.

Elena. Y por qué?... tengo tanta curiosidad de conocerle!..

Marquesa. Pues no sabes que Roquelaure es nuestro enemigo?..... entre él y las damas de palacio hay jurada guerra á muerte... como que ese destierro me lo debe á mí, que no paré hasta conseguir el decreto. (*Nuevas carcajadas dentro*! Ay! alli viene el milano!... seguidme, palomitas inocentes! (*Vanse corriendo por un lado.*)

ESCENA V.

CANDAL. GUEBRIANT. OLIVEROS. OFICIALES.—ROQUELAURE, (*que sale en un carrito tirado de dos hombres, y rodeado de cortesanos, que le victorean y celebran con grandes carcajadas.*)

Candal. Roquelaure!... voto á cribas!... cuánto me alegro de volverte á ver!

Oliveros. Pero, cómo os atreveis, señor duque?... no temeis el enojo del rey?

Roquelaure. Bá, bá!... el enojo del rey es un trueno que causa mas miedo que daño.

Candal. Pero esplícanos por Dios, qué significa esa carroza de nueva invencion?

Roquelaure. No es elegante?... en ella he venido empaquetado desde Madrid á Versalles... á jornadas cortas.

Guebriant. Qué humorada!

Roquelaure. No es humorada: yo no juego nunca con las cosas sérias. A mí me desterró el rey mi augusto amo á tierra de España...

Candal. Y bien?

Roquelaure. Y bien!... yo le obedecí... y sigo obedeciéndole.

Candal. Si querrás hacernos creer, voto á cribas! que estás en tierra de España.

Roquelaure. Mil libras te apuesto, si quieres.

Candal. Apostadas.

Roquelaure. Pues mira: acércate... Ves este carro lleno de tierra?... no lo entiendes aun?

Candal. No, á fé mia!

Roquelaure. Majadero!

Con aquella tierra estraña
cargué el carro donde voy;
y mi boca no os engaña
si os dice, aunque en Francia estoy,
que estoy en *tierra de España.*

Todos. (*Riendo.*) Ah, ah, ah!... Bravo!... bravo!

Roquelaure. (*Bajando del carro.*) Ahora, llevad mi carroza á la cochera. (*Los criados se llevan el carro.*)

Oliveros. (*Riendo.*) Ah, ah!... pues ahora, señor duque, ya no estais en tierra de España; y si os viera el rey!...

Roquelaure. Que si quieres!... siempre estoy.

Candal. Oh! lo que es ahora, voto á cribas, te apuesto la cabeza.

Roquelaure. Acepto... aunque vas disminuyendo la cantidad.

Cómo quereis, mentecatos,
que tema del rey la saña?—
Estoy en tierra de España...
pues la traigo en los zapatos.

Todos. (*Riendo.*) Ah, ah, ah!...

Oliveros. Esto va de bueno á mejor!...

Candal. De cada vez mas chistoso!...

Oliveros. Siempre es el mismo!

Roquelaure. Sí... desgraciadamente!.. Mi cara es siempre la misma!... pero qué le hemos de hacer! es una amiga tan antigua... que al fin tendré que resignarme á vivir con ella.—Mirad: he hecho poner un espejo aqui... en la copa del sombrero... y cuando no tengo nada que hacer, y empiezo á ponerme triste... (*Suspira.*) que algunas veces me sucede... me miro la cara... y bendigo á Dios... y me rio!

Candal. Hombre!... hasta de tí mismo!...

Roquelaure. ¡Y eso al cabo no me trae perjuicio... como cuan-

do me rio de los demas; pero no lo puedo remediar... y aqui en la corte hay tantos de quien reirse!... Ya sabeis por qué fue mi destierro?... El ministro favorito salia una mañana de despachar con el rey... me lo encontré que venia tan vano, tan inflado!... me pára, y me dice con énfasis: «señor duque, quién os parece el mortal mas grande de Francia?» y yo le respondí: «el elefante.» De ahí vino todo: pretendieron que habia hecho alusion á S. M.!.. Dios me libre! yo habia de comparar á un rey tan grande con un animal tan *idem!*

Oliveros. En fin, señor duque, esta última humorada de la *tierra de España* vale por todas, y ya estoy rabiando por contarla en la tertulia de la reina, donde nos fastidiamos desde que os marchásteis.

Candal. Estoy deseando saber cómo lo tomará el rey.

Roquelaure. Pues ea, id, amigos mios, id á dar la noticia... aqui espero la resolucion de S. M.

Candal. (*A Roquelaure.*) Yo me quedo... tengo que hablarte.

Roquelaure. Y yo tambien.

Oliveros. Vamos, vamos, señores!...

ESCENA VI.

ROQUELAURE. CANDAL.

Candal. Ya estamos solos... mírame bien, Roquelaure: no hallas en mí algo estraordinario?

Roquelaure. No: te hallo estraordinariamente ordinario.

Candal. No tengo en la cara un aire sentimental?

Roquelaure. Tienes un aire... muy fresquito.

Candal. Pues bien, Roquelaure, tu pobre amigo Candal, el terror de las muchachas de Paris, Candal, que miraba el amor como un pasatiempo, que mudaba de querida como de guarnicion, Candal, que no pensaba mas que en beber y en jugar... está enamorado como un galan de comedia!

Roquelaure. Es posible!

Candal. Paso la vida suspirando, distraido... soy el hazme reir de la compañía, á tal punto que ayer tuve que aplicar una estocada á uno de mis compañeros, para hacer callar á los demas.

Roquelaure. Pues ahora, Candal, mírame bien: no hallas en mí algo estraño?

Candal. Hallo... la fealdad... en toda su belleza!

Roquelaure. No ves en mi fisonomía cierto aire vaporoso y anacreóntico?

Candal. Te juro que no tienes nada de anacreóntico... al contrario...

Roquelaure. Pues bien... aqui tienes en tu presencia una deplorable víctima del amor!

Candal. Tú enamorado!... tú!... ah, ah, ah!... ya tengo para reirme un año!...

Roquelaure. Yo tambien me rio... pero no lo puedo remediar!... despues de haberme burlado tanto de las mugeres... he caido en el garlito, como todos. Amor se venga del sátiro. Estoy enamorado, Candal, estoy enamorado hasta el fondo del alma!... y á cada paso me acometen accesos de melancolía! (*Candal se rie.*) No te rias, Candal... vas á hacerme reir, y el asunto es serio.—Yo conocí á una jóven en mi destierro... la seguí... sin que ella lograse nunca verme... tuve la fortuna de poder hacerla algunos favores de importancia... (*Candal se rie.*) Vamos, hombre, no te rias, por Dios!—Se entabló entre los dos una tierna correspondencia... en fin, aqui espero verla... y á pesar de mi cara, confio en que á fuerza de obsequios y cariño lograré algun dia...—Por Dios, no te rias así!—lograré algun dia que me corresponda...—Dale con la risa!—y que me... (*Quiere continuar serio, y acaba por reir con el otro á carcajadas.*) Tienes razon!... quién se ha de enamorar de un mono de esta especie!...—Cómo ha de ser!... es cosa terrible!... es tan dulce amar... y sobre todo, ser amado! Oirse decir: bien mio, angel mio... Ah! cuándo lo he de oir yo!—Hombre, quisiera tener tu cara... y ser tan bestia como tú!

Candal. (*Enfadado.*) Señor duque!... poco á poco, voto á cribas!...

Roquelaure. Vaya, no te enfades... esta es una figura retórica...

Candal. Bien sé que no tengo tu talento...

Roquelaure. Ni yo tu figura... Entre los dos haríamos un hombre completo.

Candal. Con que, mi querido Roquelaure, espero que me hagas un señalado servicio.

Roquelaure. Habla.

Candal. Yo creo que mi dama ha notado ya que la miro... y quisiera pedirla una cita.

Roquelaure. Pues bien, qué te detiene? escríbela.

Candal. Pues esa es la dificultad, voto á cribas!... Cuando tengo que escribir una carta hay cuatro cosas que me aburren: 1.ª que no sé qué poner: 2.ª que no se entiende lo que pongo: 3.ª que no soy muy fuerte en ortografía; y 4.ª que no pongo puntos ni comas. Asi lo que hago muchas veces es poner una porcion de ellos al fin de la carta, y escribir debajo: colocadlos donde os parezca.—Con que, vamos, Roquelaure, préstame tu pluma para poner dos renglones...

Roquelaure. No hay inconveniente: dame tu cartera: los pondré con lapiz... asi tiene mas visos de pasion. (*Toma la cartera de Candal y escribe.*) «Señora.»

Candal. Eso ya se me hubiera ocurrido!

Roquelaure. «Ya os habrán dicho mis miradas el amor que me habeis inspirado hace mucho tiempo...»

Candal. Si no hace mas que tres dias que la he visto!

Roquelaure. Qué importa!... «hace mucho tiempo...» esto nunca daña.—«Pero lo que os dicen mis ojos, quisiera que pudiese decíroslo mi boca. Si no deseais mi muerte, concededme el favor que me atrevo á pediros. Os espero esta noche á las nueve en el jardin de Versalles, junto á la estátua de Luis XIV.—No falteis, os lo suplico... y fiad en el honor del amante mas tierno y mas reservado.»

Candal. (*Abrazándolo con júbilo.*) Ven acá... voto á cribas!... qué lindamente dicho!

Roquelaure. (*Doblando el papel.*) Ahora el sobre: «A la señora...» cómo se llama?

Candal. Eso no!... yo he respetado tu secreto... respeta tú el mio.—La entregaré yo mismo en su casa.

Roquelaure. Y si no acude á la cita?

Candal. Si no acude!... voto á cribas, que no sé qué haré!... El caso es que al fin puede saberse el lance... y quedar yo puesto en ridículo!—Nada, nada: pongo en práctica el sistema del conde de san Marcelo.

Roquelaure. Aquel que no podia lograr la mano de una viudita muy rica, á quien amaba...

Candal. Sí; y al fin la obligó á que se casara con él y participara de los cien mil escudos de renta.

Roquelaure. Hombre!... y tendrás valor....

Candal. Toma!... en bebiéndome unas cuantas botellas, tengo valor para todo. No hay mas que hablar: si no acude á la cita, reuno á mis camaradas, y para quedar con honor en el lance, apelo al sistema del conde de san Marcelo.—Con que, Roquelaure, de todos modos te doy gracias por los renglones: alianza entre los dos, en vida y en muerte.

Roquelaure. (*Dándose la mano.*) A pie y á caballo!

ESCENA VII.

ROQUELAURE.

Dichoso él!... va á ver á su amada!... tendré yo tiempo de ver á la mia?... me permitirá el rey estar algunas horas siquiera en Versalles?—Y de qué me servirá verla!... perderá la dulce ilusion que mis cartas la habrán hecho formar de su misterioso amante... y soltará la risa al mirarme... como han hecho otras! Dios mio! Dios mio!... por qué no será ciega... ó por qué no seré yo como otros muchos que pasan siquiera!... (*Mirándose al espejo del sombrero.*) Huy! qué cara... una bromita de la naturaleza!

ESCENA VIII.

ROQUELAURE. GERMON.

Germon. Señor!... os ando buscando... todo Versalles habla de vuestra llegada... y al fin tengo el gusto de veros despues de un año de ausencia.

Roquelaure. (*Dándole la mano.*) Mi pobre Germon!... Dime, has seguido al pie de la letra todas mis instrucciones?

Germon. Todas, amo mio.

Roquelaure. Has visto al notario de la baronesa Elena?... al abogado?... al agente?...

Germon. No solamente á esos, sino tambien á los de la parte contraria... y á fuerza de oro hemos logrado ganar el pleito.

Roquelaure. Viva!... con qué placer lo hago todo por ella!... mucho debe amarme!... como que no me conoce.

Germon. Pues ya era tiempo de que llegáseis. Habeis de saber que su hermosura la atrae muchos adoradores... y entre otros, vuestro amigo el vizconde de Candal, que hace tres dias la sigue sin descanso.

Roquelaure. Candal!... ah traidor!... y yo que le acabo de escribir un billete amoroso!...—No hay por aqui algun arbol cómodo donde ahorcarme?

Germon. Mi querido amo!... qué agitacion!

Roquelaure. Vuélvete á casa... allá iré en seguida.

Germon. Ah! ya me olvidaba de deciros que un jóven recien llegado de la provincia, ha ido á visitaros varias veces... el conde Narciso de Vert-Pignon. Dice que os trae cartas de recomendacion...

Roquelaure. Vaya á los infiernos!... ahora estoy yo para... (*Vase Germon.*)

ESCENA IX.

ROQUELAURE, GUEBRIANT Y CORTESANOS: LA MARQUESA DE NAVAILLES. CAROLINA. DAMAS DE HONOR.

Guebriant. Victoria!... victoria por Roquelaure!... Mi querido duque, el rey se ha reido!

Roquelaure. Se ha reido!... yo triunfo!... con que puedo quedarme en Versalles?... Ah! la veré!... la veré!...

Marquesa. La cosa no está tan clara y terminante: puede uno reirse al pronto y enfadarse despues. Lo que es por mí, si yo me atreviese á dar un consejo á S. M.... bien sé lo que le diria.

Roquelaure. Oiga!... quién es la amable dama que tanto se interesa en mi suerte!... Ah! es la marquesita de Navailles!... Salud á la madre de los amores!... vuestros hijos deben ser grandecitos, eh?

Marquesa. Tan desvergonzado como siempre!

Roquelaure. Desvergonzado!... No, marquesita; yo os respeto de tal modo, que, si por un trastorno universal, quedásemos los dos solos en el mundo, aun os respetaria... y se acabaria el mundo.

Todos. (*Riendo.*) Ah! ah, ah! bien, Roquelaure!

Marquesa. Sí, sí... reid... celebrad á ese fenómeno... á esa especie de Esopo!

Roquelaure. Me llamais Esopo!... (*A los demas.*) Tiene razon: Esopo hacia hablar á los animales.

Todos. (*Riendo.*) Ah, ah, ah!... bien, Roquelaure!...

Marquesa. Y que no encierren á este mónstruo en la Bastilla!

Roquelaure. Alli tendria siquiera la ventaja de no veros.

ESCENA X.

DICHOS.—OLIVEROS.

Oliveros. (*Con un pliego.*) Señor duque!... señor duque... un despacho del rey.

Roquelaure. (*Con gozo.*) Ah! me levanta el destierro... este es mi indulto!

Todos. Leed!... leed!...

Roquelaure. (*Leyendo.*) «El rey, oido su consejo y los Pares del reino, permite por la presente á Jacobo Antonio, duque de Roquelaure, permanecer en Versalles...» Ah... me he salvado! (*Continúa.*) «Con la condicion espresa de ser encerrado en la Bastilla, si dentro de veinte y cuatro horas no presenta á S. M. un hombre mas feo que él.» (*Desesperado.*) Ah! soy perdido!...

Todos. (*Riendo.*) Ah, ah!...

Marquesa. Ya empieza mi venganza!

Oliveros. Señor duque, manos á la obra.

Roquelaure. Otro mas feo que yo!
Pues no es dificil la empresa!
No le hay en el mundo, no.
Me encierran, me encierran! Oh!...
(*Parándose frente á la Marquesa.*)
Si fuerais hombre, Marquesa!!!

(*Todos sueltan la risa.*)

Acto segundo.

Otra parte de los jardines de Versalles: en el fondo la estátua de Luis XIV.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA. CAROLINA. DAMAS DE HONOR.

Marquesa. Hagamos lo que tenemos pensado: ese maldito Roquelaure hallará al cabo algun medio de salir del apuro en que está... y lo mejor es, que nos venguemos de él nosotras mismas. El muy atrevido no dejará de venir esta noche á los jardines como tiene de costumbre, á darnos algun susto: no le perdamos de vista... y estad prontas á la primera señal.—Ay!... por alli viene!... y que agitado está...

Carolina. Es preciso esperarle á pie firme!

Marquesa. Sí... luego... vámonos ahora por aqui. (*Vanse todas por un lado.*)

ESCENA II.

ROQUELAURE.

(*Sale por el lado opuesto y se pasea muy agitado.*)

Vengo de recorrer todo Versalles... la plaza Delfina... la calle de la Parroquia... la calle de la Bomba... y no he podido encontrar el fenómeno que se me pide! Desesperado, fuera

de mí, subo á palacio... lo recorro todo... y llego á la galería de los espejos... allí se presentan á mi vista cien personas... fijo la vista en una... y creo ver una cara horriblemente fea... me dirijo corriendo á ella... y por poco me estrello contra un espejo... era la mia! Mi desesperacion llega á colmo... salgo corriendo y me voy hácia el estanque, resuelto á poner fin á mi jocosa existencia... pero el dichoso estanque me reprodujo en sus aguas esta celestial fisonomía... y la ví tan ridícula, que solté la carcajada y no tuve valor para llevar á cabo mi designio.—Ea, pues, ánimo!... no hay que perder la esperanza... á ver si entre los conocidos... encuentro... por ejemplo, el conde de Noailles, que tiene las narices con joroba, y los ojos bizcos... No, no: soy yo mas feo!—Samuel Bernard con su pescuezo de cigüeña y su barba de partir nueces... Tampoco: soy yo mas feo!...—Ah! ya le tengo!... el tambor mayor de los suizos, con su cara de palo... Nada, nada... soy yo mas feo!...—Necesitaba yo hallar una de esas caras... por allí hay gente paseando... (*Mirando.*) Puede que encuentre... allí va uno! escelente!... voy tras él...—Eh! caballero!... caballero!... (*Mirando el espejo del sombrero y comparando.*) Soy yo mas feo!—Qué haré, qué va á ser de mí?... Y este es el sitio donde debe venir Elena á la cita que le ha pedido Candal... y vendrá, no tengo duda!... ella habrá conocido mi letra y creerá que va á hallarse con su bienhechor misterioso...—Pero, toma!... quién me quita ponerme en su puesto?... Candal es un pobre tonto, y creerá todo lo que yo quiera.

ESCENA III.

ROQUELAURE. CANDAL.

Candal. (*Apresurado.*) Ah! mi querido amigo, te andaba buscando... no estoy en mí de alegría!

Roquelaure. Cómo!... tus amores?...

Candal. Ah!... tu billete ha hecho maravillas!

Roquelaure. Me alegro infinito!

Candal. Le llevé yo mismo á su casa... luego me puse de centinela al pie del balcon... y á pocos minutos una mano mas blanca que la nieve, entreabre las celosías... y

unos ojos celestiales me dicen con una mirada espresiva: «no faltaré.» Soy el mas dichoso de los hombres!... Este es el sitio que designabas en tu billete... la estátua de Luis XIV...

Roquelaure. Cómo?... la estátua de Luis XIV?... no hablaba de Luis XIV en la carta!... decia la estátua de Enrique IV... que está allá al fin de los jardines...

Candal. Enrique IV? estás seguro?

Roquelaure. Digo... como que lo he escrito. Enrique IV es lo que puse.

Candal. Pues hombre, juraria...

Roquelaure. Dale!... si sabré yo lo que he escrito!...

Candal. Bien, bien, allí estaré á las nueve.

Roquelaure. Que estás diciendo? á las nueve! Tú estás trastornado!

Candal. Asi ponia tu carta.

Roquelaure. Qué disparate!... decia las diez y media.

Candal. No, hombre, mira que yo me acuerdo...

Roquelaure. Pero hombre, si lo he escrito yo!

Candal. Corriente!.. á las diez y media... hora feliz!

Roquelaure. Y si no viene?

Candal. Si no viene... lo dicho... estoy resuelto á imitar al conde de san Marcelo.

Roquelaure. Pensándolo bien... no te aconsejo que lo hagas... podria salirte á la cara...

Candal. Y qué importa, voto á cribas... á la carga! á la carga!

Roquelaure. Tú te arrepentirás: acuérdate que te lo digo yo!

Candal. Ya está arrojado el guante.

Roquelaure. Cuidado, no haya quien lo recoja!

Candal. A las diez y media!... Oh!... qué dicha!... Voy, voy á ponerme mi mejor casaca, y á llenarme de esencias! A Dios!... á Dios!...

ESCENA IV.

ROQUELAURE.

No resulta placer ninguno de engañar á un animal semejante!—Con que es aqui!... voy á hallarme á su lado!... de noche... sin que ella me vea!... y mi mano estrechará la suya!... y su aliento llegará hasta mí!... Ah! cuán

puro es el amor que abriga mi alma!... Cuando yo sienta su corazon palpitar junto al mio!... Cielos! eso bastará á recompensar todo lo que he hecho por ella!—Ay! qué feo debo ponerme cuando me entusiasmo asi!—Pero el placer me trastorna!... verse amado de ese angel!... ah! yo la miraría como una hija... como una hermana... pasaria la vida entera á su lado, amándola, acariciándola, haciéndola feliz!... Y ya me olvido de que me van á encerrar en la Bastilla, si no encuentro un hombre mas feo que yo!...

ESCENA V.

ROQUELAURE. GERMON.—*Luego* EL CONDE NARCISO DE VERT-PIGNON.

Germon. Señor duque!...

Roquelaure. Ah!... eres tú, Germon... que me quieres?

Germon. Aquel señorito de provincia que os dije habia ido á casa á buscaros varias veces, el conde Narciso de Vert-Pignon, ha sabido que estabais en los jardines, y desea presentarse á vos.

Roquelaure. (*Con impaciencia.*) Esta es otra!... porque conocí á su padre, ya se cree con derecho de fastidiarme: vamos, haz venir á ese necio y despachémosle cuanto antes.

Germon. Chit.! señor... que me viene siguiendo... ahí está! (*Narciso sale y saluda profunda y grotescamente á Roquelaure.*)

Roquelaure. (*Examinándole.*) Dios mio! Dios mio!! Dios mio!!!

Narciso. Qué teneis señor duque, os poneis malo?...

Roquelaure. No... no... no... al contrario... me voy poniendo mejor... A ver ponéos bien de frente, miradme... á fé mia que no he visto nada que se le parezca.—A ver... de perfil, si gustais... mejor que mejor!... soberbio!... qué par de narices... qué ojos .. qué orejas!... Oh! próvida naturaleza!

Narciso. (*Aparte.*) Está admirado! se conoce que mis pormenores le gustan mucho!

Roquelaure. (*Aparte.*) Me he salvado! no hay duda.—Al lado de este hombre soy un Ganimedes!... solo el poder

de Dios hubiera creado un hombre mas feo que yo!— Tiene algo de la grulla y del pelicano!...

Narciso. (*Aparte.*) Cómo me mira!... vamos le he dado golpe!—Señor duque, mi papá me envia á vuestro lado con la mira y objeto de que me desliceis en la corte, me habitueis á los buenos modales, me lanceis en los empleos y me coloqueis sobre un buen pie.

Roquelaure. Y cómo si lo haré! vengan esos cinco, mi querido amigo... no podeis imaginar cuanto es mi gozo al veros... Yo os pronostico que con un físico semejante hareis carrera.

Narciso. Qué! os parece que mi físico es cosa notable?

Roquelaure. Es único en su género!... y apuesto á que en toda la corte no hay uno que no se haga cruces al veros.

Narciso. Oh! señor duque... demasiado encomiais mis humildes atractivos... cosa tanto mas sorprendente para mí cuanto que en mi tierra no paso yo por ser de los mas bellos.

Roquelaure. En las provincias no hay buen gusto.

Narciso. Por supuesto... por eso he querido cambiar de aires.

Roquelaure. Y ganais mucho en ello.

Narciso. Eso decia papá; vete hijo mio, vete á brillar á la capital.

Roquelaure. Amigo mio, no os apartareis de mí... os pondré habitacion en mi casa... seremos la vid y el olmo.

Narciso. Orestes y Pilades!

Roquelaure. Sí: y tambien mi santo llevaba siempre su compañero... yo me llamo Anton.

Narciso. Tanto honor!—Pero al lado de un duque no he de ir con este vestido!... voy á hacer que le echen botones nuevos á la casaca.

Roquelaure. Mejor hicierais en echarle casaca nueva á los botones. Pero yo me encargo de eso.—Germon, lleva al señor á casa, y vístele con mi mejor vestido. (*Aparte.*) Eso hará resaltar mas su fealdad.

Narciso. Ah! señor duque, vos me colmais... voy á escribírselo á papá.

Roquelaure. Volved aqui despues de las diez... iremos á cenar juntos.—Germon, cuidame mucho á este caballero, mira que es una gran cabeza!... para mí la mas preciosa de la tierra.

Narciso. (*Aparte.*) Qué amable es! qué amable!...

Roquelaure. Cuidado, Germon. (*Aparte.*) Ay, Dios mio! si me lo robarán!

Narciso. (*Saludándole.*) Adios, señor duque.

Roquelaure. Adios, amigo mio.

ESCENA VI.

ROQUELAURE.

(*La noche ha cerrado enteramente.*)

Victoria! victoria!... ya he encontrado á mi hombre!... soy mas afortunado que Diógenes!... (*Dan las nueve.*) Ah! esta es la hora deseada!—Dios mio!... oigo crugir entre los céspedes la seda de un vestido...

ESCENA VII.

ROQUELAURE. ELENA.

Elena. Temblando vengo!... no sé si será el miedo lo que hace latir mi corazon con tanta violencia!

Roquelaure. Ella es!... Ah! sois vos, angel mio?... (*Tomándola la mano.*) No tembleis asi!

Elena. Quizá el paso que doy os parecerá imprudente... pero he reconocido la letra del billete, y son tantas las obligaciones que debo al que lo ha escrito... que mi gratitud...

Roquelaure. Oh! no hablemos de gratitud... eso es tan frio!...

Elena. Pero por qué os habeis ocultado de mí tanto tiempo? En España evitábais constantemente mis miradas, y esta mañana, solo por una casualidad, os he visto en los jardines ..

Roquelaure. Me habeis visto esta mañana? (*Aparte.*) Ay! si sería en el carro!

Elena. Estábais delante de mí, cortado... apenas os atreveis á dirigirme la palabra... y os confieso que vuestra timidez me agradaba.

Roquelaure. (*Aparte.*) Vamos... ya caigo!... ha tomado por su desconocido á ese bárbaro de Candal!... Ah! yo la voy á desengañar...

Elena. Y ciertamente que al veros he estrañado mas aun el motivo que os obligaba á ocultaros de mí... porque no sois vos de los que deben temer las miradas de una dama...

Roquelaure. Creo que sois demasiado indulgente... (*Aparte.*) Pobre muger!... me pone sobre los hombros la cabeza de Candal... pues no quiero que siga teniéndome por semejante bestia.—Veo, señora, que estais en un error: yo no soy...

Elena. No trateis de fingir mas! Sois el vizconde de Candal, capitan de dragones de Nivernés... de vuelta en la corte hace pocos dias... Sois el que me ha protegido en España... el que me ha escrito cartas tan tiernas y elocuentes... el que me sigue, en fin, á todas partes desde mi llegada á Versalles...

Roquelaure. Señora, puedo afirmaros...

Elena. Por qué os gozais en atormentar á una pobre muger? Sí, sí... sois el vizconde de Candal... el hombre á quien tanto debo... Desde que os ví, me lo dijo el corazon.

Roquelaure. (*Aparte.*) Qué tino de corazon!

Elena. Cuando leía vuestras cartas, mi imaginacion creaba la imagen del hombre que me las escribia... y si os he de decir lo que pienso .. despues que os he visto hubiera sentido que no fuéseis vos!

Roquelaure. (*Aparte.*) Qué tal!... para irle á decir ahora que soy Roquelaure!... Ah! maldito Candal! En fin, me aprovecharé de su cara, ya que él se ha aprovechado de mi talento... y dure lo que dure!—Con que, señora, si en vez de tener una cara regular... tuviera que quejarme de la naturaleza... me veria precisado á renunciar á la dicha de agradaros?

Elena. No digo eso... pero una buena cara nunca está demas.

Roquelaure. (*Aparte.*) Yo lo creo.... las que estan demas son las malas!... Ay! qué miedo tengo que salga la luna! —Elena! qué feliz soy á vuestro lado!... si supiérais cuánto he deseado este momento!... Podeis creer que si no he solicitado antes esta dicha, es porque... razones de mucho bulto me obligaban á ocultarme... Sí, yo soy el que iba en

Madrid todas las noches á rondar vuestros balcones... el que os seguia á la iglesia... y os miraba arrodillada, y tan hermosa... oh! tan hermosa como la Vírgen á quien rezábais... Cien veces he estado á punto de arrojarme á vuestros pies... como ahora de imprimir mis labios en esa mano celestial!... como ahora!... Elena!... mi adorada Elena!...

Elena. (*Con dulzura.*) Dejadme, por Dios... dejadme!

Roquelaure. No os aparteis!... es tan dulce verse amado... Ah! decid que me amais!...

Elena. Me veis aqui... y me lo preguntais!

Roquelaure. Oh! angel mio... angel de mi vida!...

Elena. Chit!... prudencia, Candal!...

Roquelaure. (*Aparte.*) Candal!... y siempre Candal!... malditos sean los buenos mozos!

Elena. Oigo ruido... alguien viene... separémonos!

Roquelaure. Tan pronto!

Elena. Es preciso... Adios! (*Se aleja por un lado.*)

Roquelaure. Oid...

ESCENA VIII.

ROQUELAURE. LA MARQUESA. CAROLINA. DAMAS. PAGES.

Marquesa. (*Aparte á los pages.*) Por aqui anda...

Roquelaure. (*Creyendo tener á Elena á su lado.*) Antes de separarnos... permitid que una sola vez os estreche en mis brazos! (*Dirigese en la oscuridad á la marquesa, y la abraza.*)

Marquesa. Socorro!... ladrones!... fuego!

Roquelaure. Misericordia!... es la vieja!

Marquesa. Es Roquelaure!... agarradlo!

Carolina. (*A los demas.*) Vamos á él!...

Todos. A él. (*Lo sujetan entre todos y lo atan á un arbol.*)

Roquelaure. Eh!... poco á poco... Niñas!... es esto un rapto!

Marquesa. (*Muy contenta.*) Ya le pillamos!... ya le pillamos!

Roquelaure. Marquesa... qué vais á hacer conmigo!

Marquesa. Ahora lo vereis... á vengarnos de vos!

Todas. Sí! sí!...

Roquelaure. Teneis razon, marquesa: merezco el mas horrendo castigo por haberos abrazado!

Marquesa. Todavía me insulta!

Roquelaure. Pero no; me equivoco!... merezco un premio por ese acto de valor!... voy á pedir la gran cruz!

Marquesa. Insolente!

Roquelaure. Ea, basta de broma... niñas, desatadme...

Marquesa. Desatarte! mico enredador!—Vamos, niñas, á coger cardos y ortigas... y arañarle esa cara de demonio.

Todas. Vamos, vamos! (*Vanse corriendo.*)

ESCENA IX.

ROQUELAURE, *atado.*

Qué van á hacer estas muchachas!... á traer cardos y ortigas... Ah! ya caigo!... la broma será picante... muy picante!—(*Queriendo soltarse.*) Imposible es desatarme... malditas!... son capaces de dejarme aqui atado toda la noche...—Y Candal... ese miserable de Candal que no ha encontrado á Elena en el sitio de la cita... va á realizar el infame proyecto que me dijo... va á deshonrarla!... y yo no estaré allí para defenderla!... Nadie!... no viene nadie á desatarme!

ESCENA X.

ROQUELAURE. NARCISO, *magníficamente vestido.*

Narciso. (*Saliendo á tientas.*) Señor duque... señor duque!... dónde andais?... soy exacto á la cita que me dísteis...

Roquelaure. (*Aparte.*) Mi recomendado!—Oh! amigo mio: la Providencia os envia... sois el arco iris despues de la tempestad... Por aqui... por aqui...

Narciso. (*Yendo hácia él.*) Qué haceis ahí, señor duque?... no teneis miedo al sereno?

Roquelaure. No.

Narciso. Pero calla!... ó yo me engaño, ó estais atado.

Roquelaure. Chit!... hablad bajo... van á venir las niñas...

Narciso. Niñas! no entiendo...

Roquelaure. Estamos jugando á juegos de prendas yo y las camaristas.

Narciso. Ay, que gusto, señor duque!... yo me pelo por los juegos de prendas.

Roquelaure. He pagado prenda... y estoy sufriendo la sentencia... Aqui vendrán ahora todas ellas, y estoy sentenciado á abrazarlas una tras otra.

Narciso. Oh! sentencia deliciosa!... quién estuviera en vuestro lugar!

Roquelaure. Sí?... pues ea, vos sois un buen muchacho, y quiero proporcionaros ese gusto.

Narciso. De veras?

Roquelaure. Desatadme... y poneos aqui... pronto!

Narciso. Oh! señor duque... cuántas gracias!... (*Le desata.*)

Roquelaure. Vereis... vereis qué guapas son todas. (*Atándolo.*)

Narciso. Que vengan... que vengan... aunque sean doscientas... ó trescientas...

Roquelaure. (*Aparte.*) De esta ya he salido con honor.—Ya creo que vienen... Ea, portaos bien... (*Se aleja mirándolo.*) Si me lo dejarán tuerto... ya no quedaria duda en la comparacion. (*Se va.*)

ESCENA XI.

NARCISO, *atado. Luego* LA MARQUESA. CAROLINA *y* DAMAS *con cardos, ortigas y varitas.*

Narciso. Qué rato voy á pasar!

Marquesa. Niñas, atencion!... Preparen!

Narciso. Calla!... me van á fusilar!... qué juego tan bonito!

Marquesa. Apunten!... fuego!

Todas. (*Corriendo á él y dándole en la cara con las ortigas.*) Pum!... pum!... pum!...

Narciso. Ay!... ay! La guardia!... la guardia!...

ESCENA XII.

DICHOS.—ROQUELAURE, *con una hacha encendida.*

Roquelaure. Qué ruido es este?
Todas. Roquelaure!!
Marquesa. Y quién es el otro?
Carolina. (*Yendo á él y retrocediendo espantada.*) Huy! el demonio!
Todas. (*Huyeron despavoridas.*) Jesus! el demonio!
Roquelaure. Desatémosle... y á salvar á Elena!

Acto tercero.

El teatro representa un gabinete elegante. En el fondo hay un balcon con cortinas. Puertas laterales. Puerta secreta á la derecha. Tocador con candelabros.

ESCENA PRIMERA.

ELENA.

(*Está sentada, repasando unas cartas.*)

Preciosas cartas! no me canso de leerlas! Qué jóven tan amable es el vizconde de Candal! qué encanto tiene su conversacion! qué sentimientos tan delicados!—Y yo que habia jurado permanecer viuda!... no sé si cumpliré mi juramento.—Pero por qué se habrá estado escondiendo de mí tanto tiempo? Apenas recuerdo sus facciones... como que no le he visto mas que un instante, y por casualidad, esta mañana. Dios mio! qué hombre tan singular! ocultarse cuando habria gusto en verle... habiendo tantos que se dejan ver, cuando nadie quisiera mirarlos!—Por fin se ha resuelto á hablarme... y sus palabras han acabado de cautivar mi corazon... Ah! la entrevista de esta noche en los jardines no se borrará jamás de mi memoria!—Sin embargo, quiero consultar con mi tia... ella tiene esperiencia, y me aconsejará... Acaso he cometido una imprudencia en acudir á esa cita... Pero cómo podia negarme?... cómo?... despues de todo lo que ha hecho por mi!

ESCENA II.

ELENA. LUISA.

Luisa. Señora, el coche está á la puerta.

Elena. Bien.—No olvides lo que te he encargado... mientras yo esté fuera no recibas á nadie.

Luisa. No tengais cuidado. Precisamente estoy con un miedo!... hace dias que hablan de esa partida, capitaneada por Mandrin que anda haciendo mil fechorías por Versalles... Voy á echar llaves y cerrojos á todas las puertas.

Elena. No tardaré en volver... dispon las cosas para acostarme en cuanto llegue. (*Vase.*)

ESCENA III.

LUISA.

No recibir á nadie!... cerrar las puertas!... (*Yendo á disponer el tocador.*) Dios mio! si la señora supiera lo que he hecho!... ha sido una locura! recibir diez luises de ese jóven, y entregarle la llave de la escalera secreta... pero qué!... si me la quitó de las manos casi por fuerza!... verdad es que yo habia tomado los diez luises de buena voluntad...—Pero, vamos, él me ha asegurado que solamente queria hablar un momento con mi ama... que era para hacerle un servicio de consideracion.—No importa... ya siento haber consentido... y si pudiera enmendarlo... (*Sacando un bolsillo.*) Cómo suenan las monedas de oro!... (*Guardándolo asustada.*) Ay, Dios mio!... qué estoy haciendo?... si lo oyeran los ladrones!... Qué miedo! (*Sentándose en un sillon*) Aqui me voy á acurrucar, á ver si echo un sueño mientras viene la señora... (*Durmiéndose.*) Oh! cuando yo sea... rica... qué sillones he de tener!... y cómo he de dormir!... (*Va durmiéndose poco á poco. Roquelaure sube por el balcon del fondo, quita un cristal de la vidriera, mete el brazo, la abre, y entra de puntillas en la habitacion.*)

ESCENA IV.

LUISA, *dormida*. ROQUELAURE. *Luego* NARCISO.

Roquelaure. Ya he dado el asalto! Ahora, señor de Candal, nos veremos las caras.

Narciso. (*Dentro*.) Señor duque!... señor duque!... tened bien agarrada la escalera!

Roquelaure. Subid... subid sin miedo.

Narciso. (*Saltando*.) Ay!... qué trabajos! (*Tentándose la cara*.) Y cómo me escuece! cómo me escuece!...

Roquelaure. (*Viendo á Luisa*.) Chit!... mas bajo! que hay aquí gente.

Narciso. Ah!... esta será la doncella...

Roquelaure. Chit!... no hay que formar juicios temerarios.

Narciso. Pero, señor duque, qué quereis hacer conmigo? Despues de los escesos cometidos en mi fisonomía, yo trataba de tomar el tole y volverme á los brazos de papá...

Roquelaure. Estais en vos, conde?... No señor... La corte os reclama... vos me habeis ofrecido no separaros de mí... y no os separareis! Quiero llevaros conmigo á todas partes... á todas!—(*Aparte*.) Si se me escapára, iba yo á la Bastilla!

Narciso. Me haceis mucho honor... (*Aparte*.) Cómo me escuece!... cómo me escuece!

Luisa. (*Soñando*.) Señor Mandrin!... ladrones! socorro!...

Narciso. Señor duque... sueña con ladrones.

Luisa. (*Dispierta, ve á Roquelaure y da un grito*.) Ay!... qué cara! (*Vuélvese, y ve á Narciso*.) Jesus!... señores!... señor Mandrin y compañía... por Dios... no me hagais mal!

Roquelaure. Eh! tonta, tranquilízate!... somos gente honrada... y no tenemos la menor tentacion de robarte.

Luisa. (*Temblando*.) Cómo!... de veras! (*Aparte*.) Vírgen santa! qué cara!

Narciso. Podeis creer, buena amiga, que no somos capaces...

Luisa. (*Aparte*.) Pues y esta!—Pero en fin, señores, qué

veneis á hacer aqui?... y por el balcon?... me parece que por un balcon no se sube con buenas intenciones...

Roquelaure. No: se sube con una escalera.—En fin, te repito que no somos ladrones.

Narciso. Como no sea ladrones de corazones! (*Aparte.*) Ay! cómo me escuece!

Roquelaure. Y la prueba es que lejos de quitarte ninguna friolera... te doy veinte y cinco luises. (*La da un bolsillo.*)

Luisa. Veinte y cinco luises!

Roquelaure. Que con los diez que te ha dado hace poco el vizconde de Candal, hacen treinta y cinco justos.

Luisa. Cómo!... señor, sabeis?...

Roquelaure. Que la has dado la llave de la escalera secreta, y dentro de una hora se introducirá en el cuarto de tu ama.

Luisa. Ay! señor!... vos sois brujo?

Roquelaure. No tal.

Luisa. Pues quién sois?

Roquelaure. El superintendente de policía...

Narciso. (*Admirado.*) Ba!...

Roquelaure. (*Señalando á Narciso.*) Y este, mi secretario general.

Narciso. Ba!...

Roquelaure. Se ha urdido una trama contra tu señora... y vengo aqui á desbaratarla... Con que ocúltame en algun sitio.

Luisa. Pero, señor... yo no me atrevo...

Roquelaure. Piensa que con una palabra puedo perderte... porque has recibido dinero del vizconde de Candal... Con que, calla y obedéceme en todo.—Ea, pronto... dónde me oculto?

Luisa. (*Señalando á la izquierda.*) Entrad pues alli... en ese cuarto.

Roquelaure. Es cuarto en que se entra á menudo?

Luisa. No señor... rara vez... Es la habitacion que se ha dispuesto para una dueña de la señora que debe llegar de España dentro de pocos dias... ahi tiene ya su equipage...

Roquelaure. Bien.—(*Suena la campana de la portería.*) Quién será?

Luisa. Puede que sea la señora... voy á ver.

Roquelaure. Cuidado! silencio... ó vas esta noche á un encierro. Anda.

Luisa. No hay cuidado.—Servidora vuestra.

ESCENA V.

ROQUELAURE. NARCISO.

Roquelaure. Pues señor, esto va bien: ya estoy en disposicion de poder defenderla.—Fortuna ha sido encontrarme cuando venia con ese bárbaro de Candal!... ahí le dejo en el bodegon, rodeado de sus dignos amigotes, bebiendo y brindando al deshonor futuro de una infeliz muger. Hola! quiere imitar al conde de San Marcelo?... pues yo le haré entrar en razon.

Narciso. Señor duque... perdonad que interrumpa vuestro soliloquio... Decidme donde estoy y qué soy?... porque me hallo tan desorientado...

Roquelaure. Dejaos llevar de vuestro maestro. Estais en casa de una dama jóven y bonita.

Narciso. Alguna de aquellas que me han acariciado?

Roquelaure. Aun os acordais de esa bagatela?

Narciso. Vaya!... pues si me sacudian... sobre todo la vieja!

Roquelaure. La marquesa de Navailles?

Narciso. Qué decís?... de Navailles?... Ese es un título muy ilustre... papá lo cita mucho!... Pues ella me hizo el honor de atizarme mas fuerte que las otras.

Roquelaure. Si?... pues debeis vengaros.

Narciso. Cómo?

Roquelaure. Casándoos con ella. Es la peor pasada que la podeis jugar!

Narciso. Con toda una marquesa de Navailles?... os burlais de mí!

Roquelaure. No tal. Si quereis yo me encargo de arreglar la boda.

Narciso. Toma! sería un partido soberbio! Tiene todavía reliquias pasaderas... y por supuesto gran caudal... pero si me desprecia...

Roquelaure. No hay que desanimarse.

Marquesa. (*Dentro.*) Cómo es esto?... mi sobrina no está en casa á estas horas?

Roquelaure. Cielos! es la voz de la marquesa!

Narciso. Mi futura esposa!

Roquelaure. Pronto... al cuarto de la dueña!... Aqui de las farsas de mi amigo Moliere! (*Empuja á Narciso y se entra tras él.*)

ESCENA VI.

LA MARQUESA. LUISA.

Luisa. Sí señora... mi ama ha ido á vuestra casa... sin duda os habeis cruzado en el camino.

Marquesa. Pues bien... aqui la esperaré.

Luisa. (*Inquieta.*) Es que... yo creo que volverá tarde.

Marquesa. No importa... esta noche me quedo aqui á dormir.

Luisa. (*Sorprendida.*) Os quedais aqui á dormir?

Marquesa. Sí... porque estos dias estoy sola en casa y tengo mucho miedo!

Luisa. De los ladrones?

Marquesa. No... de los ladrones no tanto...

Luisa. Ay! señora!... no os pareceis á mí... yo con eso que cuentan de la partida de Mandrin, estoy...

Marquesa. El mas temible ahora para mí es ese hombre que ha llegado á Versalles... ese Roquelaure que estoy temblando no trate de sorprenderme... y como mi casa está en una de las calles mas desiertas...

Luisa. Ah! eso es lo que os asusta?

Marquesa. Ese hombre es temible!

Luisa. Pero á vos creo yo que no se atreveria...

Marquesa. (*Con enfado.*) Y por qué no?... se atreveria, si señora... y yo no quiero dar que decir.—Haz que me pongan una cama en ese cuarto; (*Señalando á la izquierda.*) asi estaré cerca de mi sobrina y podré llamarla en mi auxilio si ocurre algo. Vamos, toma una luz y entra delante.

Luisa. (*Aparte.*) Dios mio! la que se va á armar! (*Abre la puerta del cuarto, y aparecen Roquelaure y Narciso vestidos de dueñas.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—ROQUELAURE. NARCISO.

Luisa. (*Viéndolos.*) Ay!

Roquelaure. (*Aparte á Luisa.*) No tengas miedo... somos nosotros!

Marquesa. Qué es eso? (*Viéndolos.*) Ay, Dios mio! de donde salen esos dos figurones!

Roquelaure. (*Acercándose á ella.*) Ilustre señora, permitid que os haga mi humilde reverencia! (*La hace, y dice á Narciso.*) Saluda, Rosita!... esta niña tiene una crianza!

Narciso. Señora... tengo el honor... (*Echa mano á quitarse el sombrero.*) Ay! que ya me olvidaba de mi sexo! (*Hace una reverencia.*)

Marquesa. Luisa!... qué mugeres son estas?

Roquelaure. Yo me llamo Mariquita de los Dolores Pinchauvas y Catamelones, natural de Móstoles, capital de la provincia de Carabanchel de abajo, en España.

Narciso. (*Aparte.*) Ay, qué nombres!

Roquelaure. Y dueña de profesion en casa de la señora baronesa de Solanges.

Marquesa. Ah! estais al servicio de mi sobrina?

Roquelaure. Como igualmente Rosita... que será escusado deciros que es mi hermana... tenemos el aire de familia...

Marquesa. En efecto... os pareceis...

Roquelaure. De una manera espantosa!

Marquesa. Dónde ha ido mi sobrina á buscar estos mónstruos!—Pues es estraño que la baronesa no me haya hablado nunca de vosotras!

Roquelaure. No tiene nada de estraño: hasta hoy no hemos llegado á Versalles... y ya era tiempo... porque me han dicho que el duque de Roquelaure ha llegado tambien.

Marquesa. Cómo!... le conoceis?

Roquelaure. Si lo conozco!... Ay! el infame traidor me ha perseguido de muerte en Madrid!

Marquesa. Qué hombre tan abominable!... Tambien á mí ha querido hacerme la corte!

Roquelaure. El se la hará al mismo demonio!

Marquesa. Pero no hay cuidado... dentro de poco irá pagarlas todas juntas á la Bastilla.

Roquelaure. Sí, eh?

Marquesa. Positivamente... el rey lo ha jurado... y yo no descansaré hasta verle en un encierro; como á todos los de su trinca... Asi es que para mayor seguridad, me vengo á dormir aqui.

Roquelaure. (*Aparte.*) Demonio!—Pues no os ha dicho esa niña?...

Marquesa. Qué?

Roquelaure. Que la señora baronesa se ha ido á dormir á vuestra casa?

Marquesa. Calla! y por qué motivo?

Roquelaure. Por el mismo que vos... por miedo que le inspira ese tunante de Roquelaure!

Marquesa. Qué diablo de casualidad!... y yo que he despedido el coche! cómo me vuelvo ahora á casa?

Roquelaure. Muy sencillamente, tomando uno de alquiler... en esta calle hay doscientos en fila...

Marquesa. Y me he de ir sola á estas horas?

Roquelaure. Rosita os acompañará.

Narciso. (*Aparte.*) Idea peregrina!

Roquelaure. Es una jóven de principios muy rectos... yo os respondo de ella... como de mí misma.

Narciso. Sí, señora... mi probidad y mi moralidad...

Marquesa. (*Aparte.*) Parece muger de bien... y cuando posee la confianza de mi sobrina...—Pues bien, corriente. Luisa, dame la manteleta.

Roquelaure. (*Aparte á Narciso.*) Ea, ya estais embarcado... manos á la obra.

Narciso. Y qué he de hacer?

Roquelaure. Al cochero que dé cincuenta rodeos... y os descubrís como amante disfrado que se ha valido de esa treta...

Narciso. Esto es hecho!... hago la conquista y me caso con ella!... voy á dejar fama en la corte!

Marquesa. Ya estoy lista. Vamos, Rosita.

Narciso. Vamos, señora.

Roquelaure. Que llegueis con toda felicidad!... (*Aparte á Narciso.*) Animo! (*Vase la marquesa con Narciso. Luisa sale á alumbrarlos. Roquelaure los acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA VIII.

ROQUELAURE.

(*Quítase el trage de dueña y le echa en el cuarto de la izquierda.*)

La comedia se ha concluido... ahora va la tragedia!—Candal, yo he sido tu amigo, mientras se ha tratado solamente de humoradas sin consecuencia... pero aqui se trata de la reputacion de una muger honrada... se trata de la felicidad de una muger que yo amo... y eso si que no! Ah! Elena!... voy otra vez á salvar tu honra!—Uno de los mayores goces de mi vida, es saber que la amenaza algun riesgo... para volar al punto á su lado y decirla: aqui estoy yo!—Muchas veces me acontece desear que fuera pobre, desvalida, de humilde cuna, á fin de que yo se lo diese todo... de que todo me lo debiera á mí!... (*Riendo.*) Ah, ah, ah! si me oyeran, dirian que me habia vuelto loco!... Cuando esa turba de palaciegos... esos aduladores del gran rey me ven discurrir por los salones de palacio callado y pensativo, se dicen unos á otros: Chit!... no distraerle... está pensando algun dicho agudo ó disponiendo dar alguna broma! Miserables! no saben que amo y padezco como no pueden ellos amar ni padecer!... no saben que hay dos hombres en mí... y que bajo esta corteza ridícula y deforme, palpita un corazon mil veces mas noble y varonil que el de todos esos autómatas... Ah! Sócrates decia bien... (*Señalando á la cara.*) no está aqui la belleza... (*Señalando al corazon.*) sino aqui!

El palaciego que miente
porque redunde en su pro,
y con tal que al rey contente
le dice lo que no siente...
ese es mas feo que yo.
El que de nobles nació,
y aunque noble se miró,
deshonra, sin que le pese,

su cuna, sus timbres... ese,
ese es mas feo que yo!
Y tú, Candal, con tener
tan gallardo parecer,
te juzgas, hermoso? no:
tú infamas á una muger!...
tú eres mas feo que yo.

Oigo ruido... ella es! es mi Elena!... Candal no tardará en venir á poner en planta su infame proyecto... A mi puesto... en este balcon... la noche es oscura... nadie me verá desde la calle. (*Entrase en el balcon del foro y lo cierra.*)

ESCENA IX.

ELENA. LUISA.

Elena. Qué me dices, Luisa?... mi tia ha venido á casa mientras yo he estado fuera?
Luisa. Sí, señora: acaba de marcharse.
Elena. Y por qué no la dijiste que me esperára?
Luisa. (*Con empacho.*) Señora... porque... qué sé yo... no sabia... Quereis que os ayude á desnudaros?
Elena. No te necesito... déjame. (*Se sienta al tocador.*)
Luisa. (*Aparte mirando al gabinete.*) Calla!... pues no está alli!... dónde andará?
Elena. No he dicho que te vayas?
Luisa. Ya me voy, señora. (*Aparte.*) Qué hombre será ese Dios mio! (*Se va.*)

ESCENA X.

ELENA.

Qué fatalidad!... cuando yo tenía tanto deseo de ver á mi tia, de abrirle mi corazon, de pedirle consejo! Consejo!... ya es tarde! Aunque Candal no tenga bienes, y su cuna no corresponda á la mia... no hay remedio... mi corazon es suyo! Su voz está siempre sonando en mis oidos!... y cuando llega la noche, se me figura estar en España y

oirle cantar al pie de mis balcones aquel romance que tanto me agrada. (*Canta.*)

Mansa brisa de la noche,
de encanto y perfumes llena,
lleva á mi adorada Elena
mi cariñosa cancion.

Ya no me acuerdo como sigue! Dios mio!

Roquefaure. (*Canta desde el balcon.*)

Y al acariciar las flores
que en esas ventanas miro,
deja en ellas un suspiro
de mi amante corazon.

Elena. (*Estasiada.*) Cielos!... él es!... ahi está... al pie del balcon!... (*Corriendo al balcon.*) Voy á asomarme!... Qué es esto!... no puedo abrir... parece que lo sujetan por fuera... (*Abrese la puerta secreta y sale Candal.*)

ESCENA XI.

ELENA. CANDAL, *algo alegre.*

Candal. (*Aparte.*) Ahí está!... manos á la obra... á la carga, como el conde de san Marcelo... El vino me ha dado cierto aplomo...

Elena. (*Volviéndose.*) Dios mio! quién es!... (*Viéndole.*) Candal!... cómo es esto!... vos aqui!... á estas horas!.. y por esa puerta!...

Candal. Hermosa mia... puesto que vos no asistis á las citas... es preciso venir á buscaros á vuestra casa.

Elena. (*Observándole.*) Que tono!... que lenguaje!... la figura sí... pero la voz no es la suya!

Candal. Pues yo... alli estaba clavado junto á la estátua de Enrique IV, á las diez y media en punto...

Elena. (*Turbada.*) Yo estoy trastornada!... qué engaño es este!... qué horrible misterio!...—Caballero, qué buscais aqui?

Candal. Me gusta la pregunta!... voto á cribas!... Ya lo he

dicho... tortolita mia... vengo á que me arrulles en tus brazos... (*Acércase á Elena la cual le empuja y le deja caer en un sillon.*)

Candal. Gracias por el asiento.—Lo que es los criados, no hay miedo que vengan... porque yo he cortado al paso todos los cordones de campanilla... y no hay tu tia... habeis caido en el garlito!

Elena. Qué traicion es esta!

Candal. Vamos, cachaza!.. y hablemos como buenos amigos.

Elena. Señor de Candal, si queda en vuestro pecho un resto de honor...

Candal. Cómo si queda!... voto á cribas!... vereis. Yo tenia intencion de haceros la corte un mes... asi... á lo cadete... pero lo he pensado mejor, y prefiero empezar por el santo matrimonio...

Elena. Basta caballero!—Cuando os ví entrar, os tuve por un amigo á quien debo mucho... pero veo que estaba engañada... salid: yo no os conozco!

Candal. Cómo que no me conoceis? Pues si hace tres dias que os ando siguiendo...

Elena. Salid os digo, si os halláran aqui, qué pensarian de mí?

Candal. Voto á cribas! pensarian que no habiais tenido mal gusto. Un muchachote como yo...—Vaya, quereis que firmemos aqui en un verbo el contrato de boda?

Elena. Por Dios! por Dios!... tened compasion de mí!

Candal. Pues señor, es cosa decidida: ó sois mi muger... ú os hago perder la reputacion.

Elena. Señor de Candal! vos no sereis capaz...

Candal. Yo soy capaz de todo por una conquista como la vuestra...

Elena. Pero eso que proyectais decir es una infamia... Por fortuna mi reputacion está al abrigo de esa impostura... nadie os creerá!

Candal. Pero si me ven, ya me creerán.

Elena. Qué quereis decir?

Candal. Que en este instante se hallan al pie de vuestro balcon todos los oficiales de mi regimiento... y con solo asomarme irán publicando que he pasado aqui la noche... yo no los desmentiré... y...

Voces en la calle. Candal!...

Candal. Oís?... oís cómo me llaman? (*Oyense risotadas en la calle.*)

Elena. Gran Dios!... No, no creo que cometais semejante infamia!

Candal. Pues firmadme la promesa de casamiento...

Elena. Jamás!

Candal. No? (*Llevándoseta.*) Pues venid, venid á que nos vean...

Voces en la calle. Candal!... Candal!...

Elena. (*Forcejeando.*) No!... no!... Dios mio... quién me socorre?

ESCENA XII.

DICHOS.—ROQUELAURE.

Roquelaure. Yo...—(*Sale del balcon cubierto el rostro con una máscara negra, y con espada en mano.*)

Candal. (*Retrocediendo.*) Demonio! qué es lo que veo!

Elena. Ah!

Candal. Si será alguna burla de mis compañeros!... Ea, mascarita, que no estamos en carnaval... qué vienes á hacer aqui?

Roquelaure. (*Ahuecando la voz.*) Vengo á defender el honor de una muger, y á castigar la insolencia de un hombre!

Candal. Cómo qué!...

Elena. (*Corriendo hácia Roquelaure.*) Ah! quien quiera que seais, yo acepto vuestra proteccion... En nombre del cielo, salvadme!...

Roquelaure. (*Aparte á Elena.*) Ya sabeis que siempre estoy velando por vos!

Elena. (*Aparte.*) El es!—Ah! ya no temo nada! (*Se agarra del brazo de Roquelaure con aire de triunfo.*)

Candal. Bravo!... ya entiendo el negocio!... Hola, señora mia... os haceis la virtuosa conmigo, y teneis un hombre escondido en vuestro cuarto?

Elena. Qué decís!... yo os juro que no sabia...

Candal. Bien, bien!... mañana contaré yo la aventura á toda la corte y veremos lo que se piensa en adelante acerca de la virtud de mi señora la baronesa de Solanges!

Roquelaure. Vizconde de Candal... sois un cobarde!

Candal. (*Sacando la espada.*) Señor fantasma, yo os probaré lo contrario!

Elena. (*Poniéndose en medio.*) Por Dios, señores!... tened compasion de mí!...

Candal. Ea, camarada, ven á que te mate!

Roquelaure. (*Aparte á Elena.*) Nada temais: ya que tengo esperanzas de consagraros mi vida, la defenderé como un leon!—Salgamos caballero!

Candal. Salgamos! (*Vanse por la puerta secreta.*)

ESCENA XIII.

ELENA.

Deteneos!... no me oyen!... van á batirse!... y le matará, le matará por mí!... ah!... qué horror! (*Cae en un sillon dando sollozos.*)

ESCENA XIV.

ELENA. LA MARQUESA *agitada y un tanto sorprendida. Luego* LUISA.

Marquesa. Qué horror!... qué infamia!... qué abominacion!...

Elena. (*Levantándose.*) Qué es esto!... (*Viéndola.*) Tia!... vos aqui!...

Marquesa. Un poco de eter!... de vinagre!... de álcali volátil! yo me desmayo!...

Elena. Qué agitacion!

Marquesa. Villano!... mónstruo!... seductor!... Ay! de la que he escapado!...

Elena. Pero de quién hablais?

Marquesa. De tu dueña... de tu horrible dueña!...

Elena. (*Admirada.*) Mi dueña?

Marquesa. Era un hombre!... Ay! sí que era un hombre!..

Elena. Yo no entiendo una palabra!...

Marquesa. Me estremezco al pensar en el riesgo que he corrido!... Por fortuna yo soy lista y me tiré por la portezuela del coche... Ay si me descuido!

Elena. Pero tia... yo creo que habeis perdido el juicio... me hablais de una dueña... de un hombre... de un riesgo que habeis corrido... todo esto es un enigma para mí... y en este momento creed que no tengo la cabeza para

adivinar enigmas... estoy tan inquieta... tan sobresaltada... (*Oyese ruido de espadas al pie del balcon.*) Cielos!...

Marquesa. Qué es eso?

Elena. No oís?... ruido de espadas!... Ah! es él, que se está batiendo!...

Marquesa. Y quién es él?

Elena. El hombre que amo y que quisiera salvar á costa de mi vida!...

Marquesa. Qué estás diciendo!...

Elena. Silencio!... oigamos!... (*Escuchando.*) El ruido ha cesado... nada se oye... Ah! quizá lo han herido... corramos... corramos... (*Una piedra envuelta en un papel y tirada desde la calle, entra por el balcon y cae en medio de la escena.*) Qué es esto?... (*Levantando el papel.*) Ah!... mi mano tiembla... no sé por qué recelo... (*Lee.*) «os he vengado; pero muero.—Adios.»—Ah!... (*Cae desmayada en un sillon.*)

Marquesa. Un hombre que se muere... Dios mio! Cuántas emociones!... yo me desmayo. (*Cae desmayada en otro sillon.*)

Luisa. (*Sale corriendo.*) Señora... señorita... (*Viéndolas.*) Qué veo!... las dos desmayadas! (*Yendo de una á otra.*) Señora... señorita!... Y yo estoy sola! Ay!... Ay!... (*Cae desmayada en otro sillon.*)

Acto cuarto.

El teatro representa una alcoba en la casa casa de campo del duque de Roquelaure: una cama colgada: un velador á la cabecera.

ESCENA PRIMERA.

ROQUELAURE. GUEBRIANT. OFICIALES. CORTESANOS.

(*Sentados á una mesa y almorzando.*)

Guebriant. Propongo un brindis á las damas de la corte de Versalles. (*Todos se levantan, toman las copas y beben.*)

ESCENA II.

DICHOS.—CANDAL, *que trae el brazo colgado de una venda.*

Candal. Camaradas, perdonadme si llego tarde.

Todos. Hola, Candal!

Roquelaure. Hagamos sitio, señores, á nuestro amigo Candal.—Ponte alli... y trincharás ese pavo.

Guebriant. Cómo diablos ha de trinchar!... no ves que está manco?

Roquelaure. (*Fingiendo sorpresa.*) Y es verdad!... no habia reparado... es alguna sangría?...

Candal. (*Sentándose.*) No es cosa... una cuchillada que me dieron anoche...

Guebriant. Cómo!... te has batido?... con quién, y por qué?

Candal. Por una dama... (*A Roquelaure.*) Ya sabes cuál... aquella que te dije... he seguido tu consejo...

Roquelaure. Pero yo no te aconsejé que te dejarás dar una cuchillada.

Candal. Victoria completa, amigo mio... he pasado la noche mas deliciosa!...

Todos. Cuenta... cuenta...

Candal. De buena gana: oid la historia... os contaré la verdad... la pura verdad. Fuí en alas del amor á casa de mi hermosa desconocida... llamo... sale á abrirme la criada... guapa chica... le digo un par de chicoleos, y la conquisto al golpe!—Entro en la sala... qué lujo!... un palacio encantado!... qué guirnaldas de flores!... qué vasos de alabastro, despidiendo perfumes de Arabia!... Alli habia tres especies de odaliscas bailando una especie de baile, al son de una especie de instrumentos... yo las aplaudo... las digo cuatro cosas... y las conquisto al golpe... Por fin salió mi diosa... y aqui me permitireis que guarde silencio. Pero vamos á la parte trágica... de repente se abre un balcon y se arroja sobre mí un hombre enmascarado... yo le presento la punta de la espada... y pif... le ensarto hasta la guarnicion... Me vuelvo y veo otro hombre que salia de otro balcon... Le presento otra vez la punta... y pif! lo ensarto tambien.

Roquelaure. Pareceria una caña de pájaros?...

Candal. Exactamente!—Saqué la espada llena de sangre... me despedí de la dama y abandoné aquel campo de placer y de carnicería.—Esta es la historia... ahora dadme algo de almorzar... despues de haber hecho feliz á una dama y de haber muerto dos hombres... no es estraño que tenga apetito.

Roquelaure. La historia es peregrina. (*Riendo.*) Ah, ah! ah!

Candal. De qué te ries?

Roquelaure. De que se me figuran esas demasiadas conquistas y demasiadas muertes...

Candal. Lo dudas?... quieres que te diga el nombre de la dama?

Todos. (*Menos Roquelaure.*) Sí... dílo... dílo...

Candal. Pues lo diré: se llama...

Roquelaure. (*Levantándose.*) Candal!... no lo dirás!

Candal. Y quién me lo ha de impedir?

Roquelaure. Yo!—No me pedias consejo?... Pues si quieres

que las mugeres te amen, nunca publiques sus favores. Seducir una muger es un crimen... pero publicarlo, una bajeza!

Guebriant. Qué moral se ha vuelto nuestro querido duque! Te vas á meter fraile?

Roquelaure. No precisamente fraile... pero voy á entrar en otra comunidad... y para daros parte de ese proyecto os he convidado hoy á almorzar.

Candal. Y cuál es? dilo.

Roquelaure. Que me caso.

Candal. Ah, ah, ah! pobre Roquelaure!

Todos. Ah, ah, ah!

Guebriant. Y cuál es la dichosa que has escogido?

Roquelaure. Ese es un secreto... ya lo sabreis... cuando me haya dado su consentimiento.

Candal. Cómo! aun no le ha dado?

Roquelaure. Le ha dado... y no le ha dado... es una historia muy complicada, y cuyo desenlance espero con impaciencia... pero creo que me será favorable.

Candal. Te apuesto cien luises á que no.

Roquelaure. Cuidado!... mira que no eres muy feliz en apuestas!...

Guebriant. Yo apuesto otros ciento.

Todos. Y yo... y yo...

Roquelaure. Corriente: yo apuesto doscientos luises con cada uno de vosotros, á que el contrato de boda queda firmado hoy mismo.

Todos. Apostados.

Candal. Ganamos la apuesta; porque hoy á las doce espiran las veinte y cuatro horas de aquel indulto... y mi señor duque irá á la Bastilla si no ha presentado otro hombre mas feo que él... lo cual, sea dicho en amistad, pica en historia ..

ESCENA II.

DICHOS.—GERMON.

Roquelaure. Con vuestro permiso. (*Se levanta apresurado y se llega á Germon.*) Qué hay?... diste mi carta?

Germon. Sí señor: y si vierais que sensacion le ha hecho!... La pobre baronesa lloraba... que partia el corazon!

Roquelaure. (*Aparte.*) Pobre Elena!... siento afligirla!..... pero era preciso dar un paso decisivo —Y qué te ha respondido?

Germon. (*Dándole un papel.*) Alli escribió de prisa esta carta...

Roquelaure. Una carta!... una carta suya!... y no me la dabas!... (*La toma.*) Cómo late mi corazon!... si se negará?... Oh! imposible... sería una crueldad!... (*Leyendo para sí.*) Corriente!... y dentro de una hora... Ah! angel divino!... el cielo te recompensará lo que haces por mí! (*Besa la carta.*)

Candal. (*Aparte á los demas.*) Mirad... mirad!... cómo besa el papel... parece que quiere comérselo!

Roquelaure. (*Aparte á Germon.*) Germon, vuelve á verla... dile que se apresure... que no pierda un momento... y cuidado!... secreto!... no olvides las instrucciones que te he dado!

Germon. Lo haré todo como habeis dispuesto.

ESCENA IV.

DICHOS; *escepto* GERMON.

Candal. Vaya, Roquelaure, qué intriga traes entre manos? no nos la contarás?

Roquelaure. Despues: ahora necesito ganaros los mil luises, y asi os ruego, puesto que ya habeis almorzado, que me dejeis el campo libre, y os volvais á Versalles.

Candal. Tú eres el que has de aprontar los mil luises...

Roquelaure. Lo veremos. Ea, á Dios!...

ESCENA V.

ROQUELAURE.

Va á llegar!... el gozo me rebosa en el pecho!... Lo malo es que al fin tendré que enseñarla la cara... y ese paso es cruel. Por mucho que sea mi ingenio... y la ternura de mi corazon... y la nobleza de mi alma... estas malditas narices lo echan todo á perder!—Cómo ha de ser; ánimo! el plan que he imaginado me parece bueno... y con valor y serenidad... Pero cómo tarda mi discípulo!... si le habrá sucedido algo?

ESCENA VI.

ROQUELAURE. NARCISO.

(*Narciso vestido todo de negro , con botes y redomas.*)

Narciso. Aqui estoy, señor duque, con todos estos cachivaches.

Roquelaure. Gracias á Dios.—Ponedlos en ese velador... y los llenaremos de una pocion calmante... (*Echa vino en las redomas.*)

Narciso. Calla!... eso es vino!

Roquelaure. Lo mismo es.

Narciso. Y últimamente, tan medicina es eso como yo médico... pero vos quereis hacerme pasar por tal... Y decid... estoy vestido con propiedad? parezco un doctor?

Roquelaure. Hecho y derecho.—Ah! cerremos ahora las ventanas... que quede el cuarto medio á oscuras.

Narciso. (*Cerrando una, mientras Roquelaure cierra otra.*) Esto es: en la alcoba de un enfermo no se debe ver.

Roquelaure. (*Aparte.*) Sobre todo si el enfermo tiene una cara como la mia.

Narciso. Eh! no hay mas que la luz indispensablemente necesaria para no aplastarse las narices... ya puede venir la dama cuando quiera.

Roquelaure. Silencio!... no ha parado un coche?...

Narciso. Eh?... yo no oigo nada..

Roquelaure. Sí, sí... ella es!... no hay duda... lo conozco en los latidos que me da el corazon!

Narciso. Voy á ver... (*Se dirige á la puerta.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—GERMON.

Germon. (*A tientas y en voz baja.*) Señor duque!... haí está la señora baronesa...

Roquelaure. Ah! qué gozo!... Y dí, no ha conocido nada?

Germon. Nada: tomé un coche de alquiler, y eché las persianas... de manera que no ha sabido por dónde la llevaban.

Narciso. Qué buena humorada!... como me voy á reir!...

Germon. Chit!... si esas damas os oyen...

Roquelaure. Cómo esas damas?... Pues no viene sola la baronesa?

Germon. No ha querido venir sin su tia la señora marquesa de Navailles.

Narciso. (*Asustado.*) Ay, Dios mio!... mi víctima!... soy perdido!... huyamos!

Roquelaure. (*Deteniéndole.*) Quereis callar... y quedaros aqui?

Narciso. Y si me conoce?... me va á asesinar!... despues del lance del coche... en que me dió mas de cincuenta bofetadas!...

Roquelaure. Cómo os ha de conocer?... con ese trage... con esa oscuridad!... A mayor abundamiento... tomad... poneos las gafas de mi abuela...

Narciso. (*Poniéndoselas.*) Esto sí!... ya no me ve los ojos... que es lo que tengo mas marcado...

Roquelaure. (*Aparte.*) Despues de las narices.—Ea, todo está listo: á mi puesto... (*Métese en la cama.*) y vos, doctor, al vuestro... aqui... á la cabecera... con aire grave y meditabundo (*Siéntase Narciso.*) Germon, haz que entren esas damas. (*Cierra las cortinas de la cama. Germon desaparece un momento.*)

Germon. (*Dentro.*) Por aqui, señoras, por aqui.

Roquelaure. (*Sacando la cabeza.*) Atencion, doctor... ya estamos en el lance... no olvideis que sois médico!

Narciso. Ya oigo la voz de la marquesa... yo estoy mas enfermo que vos!

ESCENA VIII.

ROQUELAURE, *en la cama*, NARCISO, *á su lado.* ELENA. LA MARQUESA, *precedidas de* GERMON.

Germon. Chit!... despacito... no tropeceis...

Marquesa. (*A Elena, que llora.*) Vamos, sobrina, no llores... todavía hay esperanzas.

Elena. Ay, tia!... no tengo valor para preguntarle al médico...

Marquesa. Pues déjame á mí... verás como yo le interrogo.

Narciso. (*Aparte.*) Ay! mejor quisiera verme interrogado por el inquisidor general!

Marquesa. (*Acercándose*) Qué tal, doctor?... cómo va nuestro enfermo?

Narciso. Chit!... duerme.

Marquesa Mejor... eso le hará provecho...

Elena. (*Acercándose.*) Ah! doctor... si pudiérais hacer que escapase!...

Narciso. (*Aparte mirando á la puerta.*) Yo soy el que quisiera escapar!

Elena. Pobre jóven!... me escribió que deseaba verme, quizá por la última vez!... cómo habia de negar este consuelo á un moribundo... y mas cuando he sido yo la causa!

Marquesa. Por supuesto!... yo he sido la primera á aconsejarte que vinieses... No he hecho bien, doctor? (*Le mira.*)

Narciso. (*Aparte.*) Cómo me mira!... Estoy por dejar plantado al enfermo, y marcharme con papá.

Marquesa. Ay, doctor!... y si viérais qué mala estoy yo!... me sucedió anoche un lance... Ah! mónstruo!... Pero su atrevimiento no quedará impune : le he dado la queja al rey, y me ha prometido hacerlo buscar, y si lo encuentra, castigarlo como merece.

Narciso. (*Aparte.*) Esto es hecho... me soplan en la Bastilla! (*Roquelaure tose.*)

Elena. (*Que ha estado junto á la cama escuchando.*) Silencio!... creo que dispierta.

Roquelaure. (*Desde dentro con voz débil.*) Doctor!

Marquesa. Creo que os llama.

Narciso. Sí... querrá beber... aqui tengo una pocion pectoral!... (*Echa vino de la redoma en un vaso, y se lo da á Roquelaure.*) Tomad... bebeos ese jarabe... á ver qué tal... (*Tomando el vaso.*) Por qué dejais esto?... no se debe dejar nada. (*Se bebe el resto.*)

Elena. Parece que no está peor.

Narciso. No. Asi podrá ir tirando... una media hora.

Elena. Dios mio!

Narciso. (*Mirando el reloj.*) Son las once y media... á las doce... espicha.

Elena. Ah! (*Se tapa los ojos con el pañuelo.*)

Roquelaure. Doctor!

Narciso. Teneis mas sed?

Roquelaure. Ha venido la baronesa?

Elena. (*Con cariño.*) Sí... aqui estoy... á vuestro lado.

Roquelaure. Pues... que me dejen solo con ella.

Narciso. (*A la marquesa.*) Ya lo oís, señora?... Si quereis tener la bondad de entrar en ese gabinete?

Marquesa. Pero... no me parece decoroso...

Narciso. Qué!... si está para dar las boqueadas!

Marquesa. Pues, ea, doctor, venid y me hareis compañía... asi podré consultaros... desde el lance de anoche, tengo los nervios en un estado de contraccion!...

Narciso. (*Aparte, sacando el pañuelo.*) No tengo otro recurso... pretestaré una fluxion... y me llevaré al criado... venid con nosotros, señor mayordomo (*Se tapa media cara y entra en el gabinete con la marquesa y Germon.*)

ESCENA IX.

ROQUELAURE. ELENA.

Roquelaure. Gracias á Dios que se han marchado!... sentaos aqui, baronesa... aqui... cerquita... y no lloreis por Dios!... ya que uno se muera, que sea del modo menos triste posible!

Elena. (*Llorando.*) Ah!... no es posible!... no puedo contener las lágrimas, cuando me acuerdo lo que habeis hecho por mí!... bienes, existencia, honor... todo os lo debo!... todo!... y soy yo quien os da la muerte!... yo que daria mi vida por rescatar la vuestra!... Ah! soy muy desgraciada!

Roquelaure. (*Sacando la mano y tomando la de Elena.*) Ah! qué consuelo me dais! esas dulces palabras me curarian mejor que todas las recetas del médico, si mi herida no fuese mortal!

Elena. Oh! no... no lo es! tengo esperanzas de salvaros... yo os cuidaré con esmero... con cariñoso esmero... no es cierto, amigo mio?... Ah! vivid! vivid!...

Roquelaure. Que mas quisiera yo! pero ya habeis oido al médico... no me da mas que media hora de vida... el tiempo vuela... escuchadme pues... pero no me mireis... eso me turbaria... y necesito de toda mi serenidad... porque tengo tanto que deciros!

Elena. Hablad, ya os escucho... decidme por fin quién sois... decidme vuestro nombre, para que yo le bendiga toda la vida! para que le grabe en el fondo de mi corazon!

Roquelaure. Mi nombre... es muy conocido en la corte... pero si os lo digo... puede que os asuste.

Elena. (*Recelosa.*) Qué quereis decir?

Roquelaure. Tranquilizaos... la opinion que han formado de mí no es exacta. Yo no soy ningun santo, lo confieso... pero en fin, no tengo todos los defectos que me atribuyen... y tengo muchas de las buenas cualidades que me niegan.

Elena. Oh! esas buenas cualidades bien las conozco yo... teneis el alma mas hermosa!...

Roquelaure. Sí... el alma... es lo mas hermoso que tengo. Pero de qué sirve eso en la corte? alli el alma es un objeto de lujo!... por eso no he mostrado yo esta mia, tan tierna y apasionada!... y porque la ocultaba para no humillar á esos frios palaciegos, han supuesto que no la tenia... como les sucede á ellos!

Elena. Desgraciado!... qué injustos han sido con él!

Roquelaure. Era alegre, y me llamaban bufon!... me burlaba de los necios, y me tachaban de maligno!... me reia del amor, y me acusaban de insensible!... yo insensible, gran Dios!... cuando hace un año que el amor mas puro me abrasa el corazon!... cuando vuestra imagen está aqui, de dia, de noche, en España, en Francia... en todas partes!... yo insensible!... Miserables! esa ha sido la mas infame calumnia!

Elena. Serenaos, por Dios!... esa agitacion puede haceros mal... yo tiemblo...

Roquelaure. No temais. (*Dándole un papel.*) Ahi os entrego mi testamento... en él os nombro mi heredera universal...

Elena. Oh, cielos!... y pensásteis que lo habia de admitir, despues de lo infinito que os debo!... No hablemos de esto... vivid... vivid!...

Roquelaure. Que viva, ó que muera... esa es mi última voluntad. Entre tantas almas corrompidas, la vuestra es la única en quien he hallado ternura y virtud! No quiero que mis riquezas vayan á consumirse en las orgías y en los burdeles... no!... en vuestro poder tendrán mas digno empleo... aceptadlas... ya que nunca me he atrevido á lisongearme de que aceptariais mi mano!

Elena. Ah! qué decís... vivid, vivid, para que pueda pagaros una inmensa deuda de gratitud... y de amor!... Sí! mi corazon, mi mano serán la recompensa de lo que habeis hecho por mí!

Roquelaure. Qué oigo! sería posible?... Si el cielo por un milagro, me conservase la vida, vos me dariais vuestra mano?

Elena. Ah! sí!

Roquelaure. Y si fuese pobre... de humilde nacimiento?...

Elena. Podeis dudarlo?

Roquelaure. Pero... y si por desgracia mi cara... no fuese de lo mas bello...

Elena. Qué importa! la belleza del alma y del entendimiento lo suple todo!

Roquelaure. Y si fuese tan feo... como Roquelaure?

Elena. Para mí seriais siempre hermoso!

Roquelaure. Y repetireis lo mismo..... viéndome á vuestros pies! (*Salta de la cama y se echa á los pies de Elena.*

Elena. (*Asustada.*) Gran Dios!... qué significa esto? quién sois, caballero?

Roquelaure. Ay, señora! el duque de Roquelaure.—Por vos he quebrantado mi destierro... por vos he vuelto de España... por vos le he dado una cuchillada á mi amigo Candal... que como estais viendo, no me mató en el lance... En fin, yo deseo con ansia consagraros mi vida... y solo con esa esperanza la he defendido... Pero no quiero aprovecharme de un consentimiento que os he arrancado por la astucia... Examinad, señora, la cara del esposo que os ofrezco... y decidme francamente si teneis valor de aceptarla. (*Abre las ventanas y se dirige á ella.*)

Elena. (*Con un leve movimiento de susto.*) Ay!

Roquelaure. (*Aparte.*) Ese ay! me ha muerto!—Y bien, señora, qué opinais? Yo bien quisiera ofreceros algo mejor... pero desgraciadamente yo no me he hecho á mí mismo... que si asi hubiera sido, creed que hubiese tenido mas amor propio.

Elena. Roquelaure... yo os amaba antes de conoceros... y ahora...

Roquelaure. (*Ansioso.*) Y ahora... qué?

Elena. Ahora conozco que os amaba tanto, tanto!... que... ni vuestra cara es bastante para impedirlo!

Roquelaure. (*Echándose á sus pies.*) Ah! Elena! Bien os habia yo juzgado!

ESCENA X.

DICHOS.—NARCISO.

Narciso. Ya han dado las doce... qué veo! el enfermo está en pie!

Roquelaure. Sí, querido doctor, y con mas vida que nunca!

Marquesa. (*Dentro.*) Doctor! aun tengo que deciros...

Narciso. Me llama!... aun me va á conocer!... (*Aparte á Roquelaure.*) Salvadme, señor duque!...

Roquelaure. Entrad alli... en aquel gabinete... y no salgais hasta que yo os llame.

Narciso. Que he de salir!... Ay! aqui viene!... Sálvese el que pueda! (*Se va corriendo.*)

ESCENA XI.

ROQUELAURE. ELENA. LA MARQUESA.

Marquesa. Doctor!... por Dios!... (*Quiere seguir á Narciso, y se encuentra cara á cara con Roquelaure.*) Ay! qué es lo que veo! Roquelaure aqui! (*Retrocede asustada.*)

Elena. (*Tomando de la mano á Roquelaure.*) Tia, os presento á mi marido.

Marquesa. Su marido!... su marido!...

Roquelaure. Sí, tia... si no lo llevais á mal.

Marquesa. Qué significa esto? (*Yendo á la cama.*) y el enfermo?

Roquelaure. Sigue mejor... y os agradece el trabajo que os habeis tomado de asistir á sus últimos momentos.

Marquesa. Cómo! con que ha sido una burla?...

ESCENA XII.

DICHOS.—GERMON.

Germon. (*Azorado.*) Señor duque! un piquete de soldados viene á prenderos!

Elena. Cielos!

Marquesa. Yo triunfo! ahora las pagareis todas... y no os casareis con mi sobrina.

ESCENA XIII.

DICHOS.—CANDAL. GUEBRIANT. CORTESANOS. SOLDADOS, *en el foro.*

Candal. Amigo Roquelaure, lo siento en el alma, pero el rey me ha dado la comision de prenderte... se han cumplido las veinte y cuatro horas... y vas á la Bastilla... Qué veo!... La baronesa aqui! en tu casa!

Guebriant. Qué significa esto? (*Todos los cortesanos manifiestan sorpresa.*)

Roquelaure. Señores, os presento á la duquesa de Roquelaure.

Todos. La duquesa de Roquelaure!...

Roquelaure. Sí, señores: lo siento por vosotros que habeis perdido la apuesta.

Candal. (*Aparte á Roquelaure.*) De veras, te casas con ella?

Roquelaure. Sí, me caso... á pesar de la noche deliciosa que pasaste en su casa.

Candal. (*Aparte.*) Diablo!... cómo sabe?...

Roquelaure. Ah! mira: me volverás la llave de la puerta secreta... porque sino... ya ves, tendré que darte otra cuchillada...

Candal. Cómo! fuiste tú?...

Roquelaure. Sí... aquel que ensartaste...

Candal. (*Aparte.*) Buena me la ha pegado!... pero á bien que traigo el desquite.—Ea, señor galan, de orden del rey, seguidme á la Bastilla.

Marquesa. Pronto!... pronto!...

Roquelaure. Eh!... poco á poco!... eso está por ver. (*Abriendo la puerta del gabinete.*) Señor conde de Vert-Pignon, salid, que aqui os esperan con impaciencia.

ESCENA XIV.

DICHOS.—NARCISO, *en traje de corte.*

Narciso. Aqui estoy, señor duque.

Todos. (*Espantados.*) Huy!...

Roquelaure. (*Dándole vueltas.*) Eh?... digo... me parece que he cumplido la orden del rey: si S. M. no está contento... yo no sé qué puede esperar!

Narciso. (*Saludando á todos.*) Gracias, señores!... gracias... gracias por vuestra cortesía!

Roqueluare. Qué opinais?... me gana ó no me gana?

Todos. (*Riendo.*) Le gana!... le gana!...

Marquesa. (*Que le ha estado observando.*) O tengo cataratas... ó esos ojos... esa boca... esas narices descomunales... él es!... es la dueña! (*Yendo á Narciso y agarrándole.*) Ah! ya te he pillado!...

Narciso. (*Aparte.*) Me lo estaba temiendo!...

Marquesa. Eres tú, temerario el que se disfrazó de dueña para seducirme? Ahora la pagarás... el rey me lo ha ofrecido!

Candal. Cómo, señora!... es este el héroe de la aventura que anda de boca en boca por Versalles?

Marquesa. El mismo y os mando que lo prendais, en nombre de la inocencia ultrajada!

Candal. Voto á cribas! pues á tiempo le hallo: el rey me habia mandado buscarle por todas partes.

Narciso. (*Temblando.*) Para encerrarme?...

Candal. Sí: en el templo de himeneo.

Marquesa. Qué? qué es eso?

Candal. S. M. condena á vuestro seductor, si es noble, á que os dé la mano en el término de veinte y cuatro horas.

Marquesa. (*Horrorizada.*) Santo Dios!

Narciso. Ay!... pues el castigo no es duro!

Roquelaure. Yo lo encuentro durísimo!—Querida tia, obedeced las órdenes del rey.—Ea, hagamos las paces. (*Re-*

cogiendo un pañuelo que se le habia caido á la marquesa y echándosele en los hombros.) Echemos un velo sobre lo pasado!

Marquesa. Otra pulla!

Roquelaure. El conde de Vert-Pignon es un noble caballero... no tiene muchos bienes... pero yo le tomo bajo mi proteccion, y le doy por regalo de boda los mil luises que he ganado á estos señores. Admitidlo: querido tia... este *presente* hará pasar el *futuro.*

Marquesa. (*Aparte mirando á Narciso.*) Muy feo es!... pero al cabo es marido!

Narciso. Ah! señor duque, cuánto os debo!...

Roquelaure. Vuestro mérito os hará hacer fortuna en el mundo: llegareis á ser baron y duque...

Narciso. Yo lo creo!... con vuestra proteccion, hasta padre santo!

Roquelaure. Padre?... (*Mirando á la Marquesa.*) No: de eso no me encargo. (*Al público.*)

El que pretenda adquiririr
aqui opinion de buen mozo,
(hablemos sin mas rebozo)
qué debe hacer? aplaudir.
Porque si llego á advertir
que alguno se desmandó,
y la comedia silvó...
qué he de hacer! paciencia y chito!
pero diré callandito:
ese es mas feo que yo!

FIN DEL DRAMA.

JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES

LA SULTANA LOCA

NOVELA HISTORICA

POR

DON JULIAN CASTELLANOS Y VELASCO

Cuaderno 21.—Ocho entregas, 64 páginas.

PRECIO, DOS REALES

MADRID

ADMINISTRACION: CALLE DE LA ESGRIMA, NÚM. 2, 2.° DERECHA